

Una tradición rebelde

Gustavo Valle

Es característico de la insaciabilidad, pero también de la vehemencia de los años mozos, el que un fenómeno, una experiencia o un modelo acabe desalojando a otro. Somos ardientes y expansivos, nos aferramos a esto o aquello y lo convertimos en un ídolo al cual nos sometemos y adherimos con un apasionamiento que excluye todo el resto. No bien alguno nos decepciona lo derribamos de su pedestal y lo destruimos sin vacilaciones; no queremos ser justos: ha significado demasiado para nosotros

Elías Canetti, «Karl Kraus, escuela de resistencia»

Primera parte

En Venezuela, país de telenovelas, solemos hacernos preguntas que oprimen el botón de nuestras más agudas emociones. Por ejemplo, nos gusta preguntarnos: ¿por qué no contamos con narradores reconocidos a nivel internacional?

Cada tanto aparecen en las páginas de los periódicos y en los debates de cafetería, dramáticos torneos sobre las virtudes de nuestros escritores: si son modernos o anticuados, si tienen talento o no, si son universales o localistas. Se discute acerca de sus estrategias literarias, la oportunidad de sus anécdotas según el momento histórico, y se evalúa el rol del editor y la promoción publicitaria que constituyen arte y parte del mercado, esa máquina capaz de producir fantasías monstruosas.

Todo esto deriva hacia conclusiones que van desde el harakiri más dandi y estéril que gusta lapidar toda obra incluso sin leerla, hasta el conformismo vernáculo que defiende la producción nacional con la pasión propia de la fe.

La última edición de estos debates ocurrió meses atrás y ocupó las páginas del suplemento cultural más importante del país. Escritores de varias generaciones atizaron el fuego de una pira con la convicción de participar en una polémica. «Mini polémica», la llamó Ana Teresa Torres. El forcejeo arrojó, como suele ocurrir, pocos acuerdos, y la sola mención de una postura moderada (Antonio López Ortega habló de la «medianía» de nuestra narrativa) hizo saltar chispas.

Pero al releer las réplicas y contrarréplicas me sorprendió, en primer lugar, la total ausencia de ironía, el destierro de todo humor (sarcasmo, chiste, sátira o cinismo) en el discurso de los beligerantes. En su gran mayoría los autores se tomaron muy en serio el asunto, y el «estado actual de nuestra narrativa» se discutió sin los aderezos que, supuestamente, nos caracterizan. Esto confirmó una hipótesis fácil de ver en un país como Venezuela: detrás de su cascarón rochelero, palpitan la solemnidad y la pompa.

En segundo lugar me sorprendió que, si bien se habló de la proyección de nuestros narradores, del éxito o fracaso de los escritores venezolanos en el exterior, nadie dijera prácticamente ni una sola palabra del que, con seguridad, ha sido y sigue siendo nuestro escritor más leído, más editado, más vendido y más reconocido dentro y fuera del país: Rómulo Gallegos.

Se me ocurrió pensar que la ausencia de Gallegos en aquella polémica ofrecía pistas adicionales sobre el estado actual la narrativa venezolana. Gallegos había escrito la novela más famosa de la historia literaria del país y, sin embargo, era dejado de lado en un debate sobre narrativa venezolana, realizado por narradores venezolanos. Por supuesto esta omisión no era un pecado, ni se trataba de un escándalo. Incluso pude comprender esta ausencia al considerar que el tema del debate era la narrativa actual. A pesar de todo, algo saltaba a la vista: obviar a Gallegos era la confirmación de un parricidio exitoso.

Durante algunos meses me acompañó esta inquietud y volví la mirada hacia los días remotos de mi paso por la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Recordé que en el plan de estudio —hablo de finales de los años ochenta— Gallegos no asomaba por ningún lado. La cátedra de Literatura Venezolana se dedicaba a explorar la poesía desde el fúnebre romanticismo criollo hasta nuestros días, y la narrativa hacía hincapié en los escritores de los sesenta, pertenecientes a los grupos *Sardio*, *Tabla redonda* y *Techo de la Ballena*: Adriano González León y, sobre todo, Salvador Garmendia.

Por aquel entonces la Escuela de Letras era una bolsa de gatos, una divina bolsa de gatos. Muchos alumnos de otras universidades acudían al *campus* de Los Chaguaramos a seguir clases sobre literatura alemana contemporánea, nueva literatura del Caribe, teoría postestructuralista, talleres de poesía, ensayo, cine, teatro e idiomas diversos. Después de la llamada renovación de los años sesenta (versión caraqueña del Mayo Francés) la Escuela se había convertido en un lugar muy

atractivo donde se respiraba algo parecido a la modernidad. El *pensum* se sacudió cierta rigidez historiográfica y academizante, y todo parecía destinado a formar amantes de la literatura en vez de literatos. Por supuesto esta revolución académica guillotiné unas cuantas cabezas literarias entre las que se contaron las de Mariano Picón Salas y Rómulo Gallegos, cuyas obras quedaron desterradas de las aulas.

Picón Salas, el gran ensayista, la inteligencia lúcida y una de las prosas más amables del idioma, y quien además fuera director y fundador de la Escuela de Letras, cayó durante largos años en el más absoluto silencio de donde fue rescatado por Guillermo Sucre a finales de los ochenta, no sólo a través de sus cursos universitarios, sino gracias a la compilación de sus obras completas.

Pero con Gallegos no ocurrió lo mismo. Más allá de las lecturas obligatorias en los planes de estudio de la educación media –donde se abordaba *Doña Bárbara* o *Canaima* a través de horrorosos resúmenes y guías literarias– sus obras habían desaparecido del interés académico y de la comunidad (si existe) de lectores. Para los jóvenes y no tan jóvenes, el gran novelista era un nombre prestigioso y hueco, algo sonoro y bastante aburrido.

Se dirá que su figura pública jugó en su contra, que un político reconocido jamás consigue fundir, en la fantasía de los lectores, con el creador literario. Al fin y al cabo un escritor exitoso es una imagen deleznable para muchos, y si además gozó del más alto poder y fue presidente de la República, entonces no hay nada de qué hablar. Además no fue polémico, ni revolucionario, ni explosivo, y a partir de los años sesenta esto era un auténtico *handicap*. No obstante se convirtió en una especie de tótem: alguien todo poderoso y quizás inaccesible para algunos. Después de vivir el exilio mexicano, volvió a Venezuela a finales de la década del cincuenta convertido en una figura enorme, admirado y consagrado en todo el mundo. Es fácil imaginar la desproporción que había entre el escritor encumbrado, celebrado en las esferas culturales y políticas, saludado por la aristocracia y visitado por los más grandes creadores de su tiempo, frente a los escritores venezolanos de aquella época, que luchaban por contar con un puñado de lectores dentro del país.

A todo esto debemos añadir la lucha armada revolucionaria de los años sesenta que, como es de suponer, contaba con el apoyo de todos o casi todos los intelectuales, artistas y escritores de las nuevas generaciones. Por aquel entonces Rómulo Betancourt ocupaba la jefatura

de gobierno y Acción Democrática, partido al cual pertenecía Gallegos como miembro fundador, era el enemigo visible. Para los disidentes, Gallegos era un símbolo del gobierno represor; para los oficialistas, las críticas hacia el maestro llevaban la marca de un proyecto de destrucción política. Obviamente las condiciones estaban dadas para que un sector de la intelectualidad del país rechazara la obra del autor de *Doña Bárbara*. Pero lo cierto es que la abrumadora herencia de Gallegos sobre los escritores de los sesenta, su enorme e insoportable sombra tutelar, engendró la crónica de una muerte anunciada: matar al padre era lo fundamental, y para matar a alguien siempre hace falta llenarse de argumentos.

El más importante de todos fue la desconstrucción de la literatura regionalista, y de todo lo que oliera a criollismo, costumbrismo, nativismo y demás simbologías de lo vernáculo. Desde Andrés Bello en adelante, y al igual que en otras partes de Latinoamérica, recrear la naturaleza y hacerla leyenda junto con sus pobladores y mitos, fue la marca reconocible de toda producción artística y de todo ensayo de lo nacional. Basta nombrar a Güiraldes, Arguedas y Rivera para comprender esto. Sin embargo no era la primera vez que esta revisión se llevaba a cabo en Venezuela. Ya en los años treinta las revistas *Válvula* y *Elite* pretendieron sacudir esa herencia y propusieron algo parecido al cosmopolitismo (llamémoslo universalismo) como estrategia expresiva. Incluso ya se estaban escribiendo los primeros ensayos sobre realismo mágico y nuevas propuestas comenzaban a ganar terreno. Al llegar los años sesenta, y concluida la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, surgieron en Venezuela nuevas revistas y grupos culturales, y era lógico pensar que las generaciones emergentes colocarían la mirada en problemáticas aparentemente más inmediatas que la mitología profunda de la provincia y sus estereotipos.

Los grupos *Sardio*, *Tabla Redonda* y *Techo de la Ballena* se procuraron nuevas lecturas, se asomaron a las vanguardias (algo anacrónicamente), tradujeron autores hasta ese momento poco desconocidos (Saint-John Perse, James Joyce) abogaron por una «desnacionalización» del discurso, o en todo caso, una búsqueda de lo nacional dentro de un concierto multicultural y *multireferencial*, y sobre todo, se esforzaron por darle cabida a las preocupaciones que surgían de la experiencia urbana.

Además, el manoseado tópico de «civilización y barbarie», heredado por el autor de *Cantaclaro* de la gran tradición positivista latinoamericana,